

sin poderlo remediar. Amigo de aplausos y honores, y enemigo vengativo y cruel con sus inferiores, mostrándose siempre soberbio con todos. Sus castigos los aplicaba con gran severidad, so pretexto de «enemigos públicos», llegando a decirse que se valió del hierro y del veneno para deshacerse de algunos grandes «enemigos suyos».

Amigo de los beneficios, aunque procedieran de personas indignas. Su soberbia no toleraba, no ya amonestaciones públicas, sino la menor contradicción en privado.

Poco austero, gustaba de los placeres mundanos, criticándosele las frecuentes visitas que le hacía su sobrina la duquesa D'Aiguillon, y aunque favorecía largamente a su familia, no permitía se le acercaran parientes pobres, llegando en su enemiga a la ingratitude con la Reina Madre, que había sido su bienhechora.

Como enemigo era peligrosísimo, terriblemente vengativo y suspicaz con los que creía querían suprimirle. Bajo Richelieu tembló toda Francia, pero *sin amarle*.

En cuanto alcanzó el Capelo Cardenalicio trató de apoderarse del poder, escalando el gobierno con tal insistencia y descarada ambición que el Rey, indignado, llegó a decirle «¡que no le toleraría jamás!». Con todo y con esto, en 1624 fué primer ministro hasta su muerte.

A Cisneros hubo que obligarle para que aceptase la primera magistratura de la Nación, y para la episcopal se necesitó un breve Pontificio para que por obediencia regentara la Sede Toledana. En un solo objeto coincidieron ambos en beneficio de sus respectivas naciones: en dominar a la nobleza para robustecer el poder real. Richelieu, reduciendo a la impotencia a los Hugonotes, extinguiendo el poder del feudalismo, y Cisneros, con sus tropas de la Ordenanza acabando con la supremacía de los *grandes* señores de España. Aquél trabajó para crear el absolutismo real, que era entonces necesario para formar las nacionalidades.

Pero los medios de que se valieron ambos estadistas fueron muy diferentes. El francés, por el terror y la sangre. Cisneros, por la persuasión y las amenazas; siempre perdonaba, y ¡hacía justicia! De las ofensas a su persona jamás habla Cisneros. Sólo se lamenta o protesta de las que se refieren al Estado o al Rey. En cambio, Richelieu era temible con quien le ofendía, siendo su venganza fatal e inevitable, por dominar la cabeza al corazón que jamás se inclinó a la benevolencia.

En sus últimos días, Richelieu legó todos sus bienes a su familia, mientras Cisneros los deja a su Universidad y a sus pobres; nada a sus parientes, que en Torrelaguna eran conocidos por los «sin dineros».

Con todo y con ello, a Richelieu no hay que negarle algunas buenas cualidades, como su religiosidad y fe, gustándole las cosas espirituales, mostrándose a veces muy arrepentido de sus culpas; pero no tuvo la heroica piedad de Cisneros. La suya era la de un hombre del siglo, y la del toledano pertenecía al yermo.

Los dos murieron cristianamente, perdonando a todos sus enemigos; el español, en olor de santidad; el francés, con espíritu de penitencia. De Cisneros, hasta sus adversarios políticos, reconociendo sus virtudes, lloraron su muerte; pero pocos lloraron la de Richelieu, ostentando su alborozo por el óbito, quemándose fuegos artificiales y haciéndose fiestas y bailes. Por eso el uno era amado y el otro era temido.

En un muy noble y culminante punto coincidieron los tres grandes estadistas: el engrandecimiento y prosperidad de sus respectivas patrias. Pero Cisneros no tuvo ningún colaborador que le apoyase, como lo hizo Luis XIII con Richelieu, enemigos ambos en el fondo, pero aunados los dos para hacer una Francia grande, y Luis XIV con Nazzarino. Y Cisneros no contó con más apoyo que el de la Reina Católica. Muerta ésta, Fernando le demuestra ya de antaño sordo rencor por escamotearle a su hijo la mitra Toledana. Luego tiene que oponerse a los

insaciables apetitos de un príncipe extranjero que le falsifica documentos públicos para beneficiarse de los pingües ingresos que le reportan para atender a sus devaneos amorosos, en detrimento de su celosa esposa, y por último y como colofón, librando otra descomunal lucha contra un rey, también extranjero, que no quiere conocer a España nada más que a través de su Erario público (1). Pero nuestro gran hombre triunfa él solo de todas estas tormentas, llevado únicamente de su acendrado amor a España, y con medios menos expeditivos y crueles que los usados por Richelieu, oponiendo el consejo prudente, al acero y tormento prodigados por el francés.

44.—TIPOLOGÍA DE CISNEROS. FICHA ANTROPOLÓGICA. RASGOS, CARÁCTER E IDEAS. SUS RELACIONES SOCIALES CON EL PUEBLO LLANO Y CON LOS CORTESANOS. CUALIDADES. ANÉCDOTAS. SUS CRÍTICOS EN EL EXTRANJERO.

Las reacciones de los humanos en la vida y medio ambiente donde actúan, sus actos, su conducta, su comportamiento y relaciones, dependen en gran parte de sus reacciones nerviosas, y éstas, a la vez, de la afectividad de su constitución orgánica, reflejado todo en el *tipo*.

No se puede considerar por otro lado la tipología del hombre como única razón de sus actos, pues las circunstancias de la vida de un ser varían a cada instante para producir reacciones distintas, cuyas causas hay que buscarlas en la Psicología y aun en la Metafísica, relaciones de la psiquis con el soma, esto es, alma y cuerpo.

Antiguamente se estudiaba la relación entre la morfología, el temperamento y el carácter, examinando la conformación exterior del cráneo y sus medidas para definir el grado de inteligencia y condiciones morales del sujeto.

Krestchmer clasifica a los hombres en cuatro tipos fundamentales, que son: pínicos, asténicos, atléticos y displásicos; estos últimos son casos patológicos, enanos, deformes, antiguos bufones.

Cisneros tipológicamente pertenece a los asténicos, llamados también leptosomáticos o longuilíneos.

Los asténicos crean en el sentido del eje longitudinal; es el tipo alto, seco, escuálido, piel seca y pálida, hombros y tórax estrechos, brazos enjutos, con manos huesudas, cabeza pequeña, facciones delicadas, nariz afilada y larga, algo corva, cara ovoide y alargada, cejas pobladas y el pelo de la cara y cabeza foscas, temperamento esquizoide y algo extravagantes e insociables, gran excitabilidad en la que persisten cuando se impulsan; fríos otras veces sin variar de carácter; son autistas, siempre piensan por sí y en sí, obrando con arreglo a su criterio; no se dejan suggestionar por el ambiente, pareciendo piedras con aristas que no se desgastan con el roce de la vida. A veces son tímidos por superconcepto de sí mismos, y con deseo de estar siempre refugiados en su propio espíritu; parecen orgullosos a veces; sus ideales son siempre a su juicio, nobles y espirituales. Están predispuestos a padecer del estómago y del aparato respiratorio. Son continentes y la vida sexual no tiene tan primordial parte como en otros tipos.

Opuesto a éste es el pínico, pero esto no entra en el tema que vamos a exponer.

Los antecedentes familiares del Cardenal ya revelan en su madre rasgos del tipo asténico, poco frecuente en la mujer española, que más bien es picnoide.

Ya describí al principio algunos de los rasgos de doña Marina de la Torre; alta estatura, delgada y tiesa como el huso de su rueca, con un carácter muy entero; ojos hundidos y penetrantes, nariz corva como pico de águila; labios hundidos, delgados y firmes, tipo parecido al del hijo.

Del padre se conocen menos rasgos, aunque por las circunstancias de su vida nos inclinamos hacia lo espi-

(1) Carlos V.

ritual: tipo asténico, que es la forma más vegetativa de los pícnicos.

De la figura de Cisneros podremos reconstruir mucho de su morfología. Ya dije también anteriormente que cuando vino a Roma a la muerte de su padre llegó con un grupo de amigos que se le unieron en el pueblo a casa de sus padres; «uno más alto que los demás» abrió paso entre todos, llegándose hasta su madre; «abrazáronse después doña Marina y su hijo *sin lanzar una exclamación, ni derramar una lágrima*, dato muy significativo del tipo asténico, que es frío y diferente al efusivo, cordial y estrepitoso de los pícnicos.

Quintanilla, su cronista, le pinta de buena estatura, enjuto y derecho, «todo él muy penitente; rostro flaco y alargado; color trigueño algo encendido; nariz grande y afilada con las ventanas algo abiertas; frente grande y sobreceño; ojos negros no muy grandes y lacrimosos; labio superior predominando al inferior; dientes juntos, aunque los dos centrales sobresalían un poco; orejas pequeñas y pegadas al rostro; la cabeza amelonada. No era hermoso, pero tampoco feroz».

La capa fluvial y terno de Cisneros en la Catedral de Toledo dan claramente idea de su figura física. Pero ¿la espiritual? Su gran ideal religioso le llevó a ser un místico militante, uniendo a la unción religiosa la energía para imperarla sin llegar al fiero fanatismo, sino por la convicción y el estudio de las verdades eternas. Desde muy niño estuvo infundido de gran virtud, y ese mismo anhelo religioso revela su carácter esquizotímico, aislándose del mundo a la muerte de su madre y dejando el risueño porvenir de su capellanía de Sigüenza por la clausura de la Salceda y el Castañar, de donde por la fuerza y por la obediencia le saca la Reina Isabel y el Cardenal Mendoza como el hombre más sabio y virtuoso de la época para regir destinos de Estado, pero sin dejar por ello su vida austera, con severos ayunos y penitencias hasta el final de su existencia.

El tipo asténico tiene preferentes condiciones intelectuales, por el mayor predominio del sistema nervioso, y así le vemos desde su juventud distinguirse por sus condiciones de inteligencia y laboriosidad, que perduran hasta su muerte, con la misma pujanza de sus años mozos, ya que dentro de su constitución asténica pertenece a la variedad fuerte (otra hay floja y débil) y enérgica, con un coeficiente de salud y resistencia física considerables, debido a lo cual llegó a su longevidad, contribuyendo a ello su austeridad en la mesa y en la concupiscencia, sus ejercicios físicos, ya que andaba más a pie que en mula y litera, manteniendo la agilidad del cuerpo, como mantenía la del espíritu.

Dos enfermedades se le conocen en toda su vida: la que padeció en Granada (ya citada al principio) y una bronconeumonía de evolución rápida. Por último, su muerte fué verdaderamente breve, que hace pensar en una septicemia, con intensos trastornos vasculares y fenómenos tróficos, que con los ochenta y un años y la ingrata misiva de Carlos V, que si no fué leída por lo menos fué presentada por su lúcida inteligencia, fueron suficientes para vencerle. ¡El troquel en que se fundió Cisneros murió con él!

Estudiada la ficha antropométrica, continuemos con algunas características de sus rasgos, ideas, carácter, temperamento y relaciones sociales con el pueblo llano.

Hombre de férrea contextura e inflexible dureza, se le considera como un ser hurano sin sensibilidad ante los dolores humanos. Pero por el estudio de sus propias acciones se deduce que fué en extremo tolerante, atractivo y flexible dentro de su atlética contextura moral. Español de los pies a la cabeza, quijote sin locura y con mesura, luchador impenitente desde su juventud y triunfador en los embates de la vida, y que sólo a fuerza de disciplina y grandes batallas consigo mismo y con el medio llega a las más altas esferas del poder público, SIN HABERLO APETECIDO, guardando siempre los principios con la

estricta justicia de su austero temperamento, ADELANTÁNDOSE A SU SIGLO como figura sintética de la tradición histórica, *sin dejar de ser el eco del pasado*.

Su viril entereza persistió toda su vida, aunque adaptándose flexiblemente a las duras realidades, cediendo casi siempre que puede hacerlo «sin menoscabo de la autoridad» y de la *justicia*, reaccionando en último término cuando aquellas son objeto de escarnio y atropello, no perdiendo el pulso con el vaivén de los vértigos, estando seguro de salir airoso de las contrariedades, a las que no se rendía, no arredrándole las amenazas de los poderosos, ya que no se salía del camino de la honradez, y se envolvía en el manto de la justicia que cubría sus vestidos de sayal ascético. Todo lo hacía por la gloria del Estado y la grandeza y honor de la patria que él percibía con ese vigor sutil propio de los espíritus elevados, con la fuerza de la autoridad como salvaguardia de la ley, del derecho y bienestar de los ciudadanos, sobre todo de los seres débiles, pobres, mujeres, niños, los desgraciados, con los que tenía sentimientos delicados de su alma superior y franciscana.

Sus relaciones con las mujeres son muy características. Nunca tuvo a su servicio ninguna de ellas. Su castidad y misoginia fueron proverbiales e intachables durante toda su vida, en notable contraste de muchísimos ilustres prelados de la época, cortesanos galanteadores de damas, como el Arzobispo de Sevilla, Fonseca, sobrino del anterior, y Arzobispo de Compostela, que tuvo un hijo (Alfonso III de Fonseca) con doña María de Ulloa, señora de Cambados, y que fué Arzobispo de Toledo en 1524, habiéndole dejado su padre la Silla Compostelana cuando contaba sólo quince años, hecho que indignó a Cisneros, al decirle que si pensaba con la Iglesia de Santiago fundar un vínculo en favor de los Fonseca, expresándose en estos términos: «Señor, según parece, ha hecho vuestra Alteza mayorazgo del Arzobispado de Santiago y quería saber si había *excluido de él a las HEMBRAS*».

El Gran Cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, tiene amores clandestinos en su castillo de Manzanares el Real con doña Mencia de Lesmus, nieta de Alvar Pérez de Castro, tía de la reina doña Juana de Portugal, esposa de Enrique IV el Imponente y prima segunda del rey luso don Duarte. Gentil, graciosa, de gran brío, extraordinaria hermosura y avisado genio, pronto se vió asediada por el bizarro Obispo, a la sazón de treinta y dos años. Breve espacio de tiempo pasó cuando le nace el primer hijo espúreo, llamado en la historia don Rodrigo de Mendoza, marqués de Zenete, viniendo al mundo no mucho después el segundo vástago, nombrado don Diego, conde de Melito y señor de Almenara, legitimados (por fuerza mayor y arcanos del destino) (1) por la austera Reina Católica, según cédula emitida en Tordesillas el 16 de junio de 1476, «por cuanto don Pedro G. de Mendoza declara que siendo Obispo de Sigüenza»...

Algunos prelados, como Carrillo, llevaron su desenvoltura hasta perpetuar en los mármoles funerarios, cerca de sí mismos, el nombre de su hijo espúreo, don Troilo.

El Almirante de Castilla tenía un hijo natural, Alonso Enríquez, Obispo de Osma, «que tenía menos espíritu que un jarro», el cual a su vez tenía una hija natural casada con un «marrano» (cristiano nuevo). Con todo y con ello, el Almirante era enemigo de Cisneros, oponiéndose cuando el asunto de la Ordenanza, en Valladolid.

Cisneros nunca transigió con estas inmoralidades, siendo intachable en este punto, por lo que mereció fama de santidad. Nunca se hospedó en casas particulares en compañía de mujeres, aunque fuesen ancianas y de toda dignidad.

(1) En honor a la verdad, a la reina le hacían falta todos los nobles y caballeros de España, con sus huestes, para su patriótica campaña de Granada, y Mendoza era feudal muy poderoso.

Al alojarse en Torrijos en casa de la santa matrona, doña Teresa Enríquez (la loca del Sacramento), lo hizo al creer estaba ausente; pero en cuanto supo el Cardenal el engaño, se fué inmediatamente, sin saludarla, al convento de franciscanos.

Todo esto no quita para saber que fué muy humano y caballero con las damas, que le estimaban mucho, como puede verse, por ejemplo, con doña Juana de Ulloa, que le puso en la pista de los desórdenes que ocurrían en Tordesillas con doña Juana la Loca; y doña Isabel Carvajal, que le sirvió de espía para conocer las maquinaciones del Infante don Fernando, por lo cual fué despedida de la casa por sus enemigos, sin permiso del Rey ni de Cisneros, que la repusieron en el cargo.

Fué protector de doncellas vergonzantes, de niños desvalidos y de gentes sencillas. Vergara, servidor de otros Arzobispos que le hicieron muchos favores, decía «que si le dieran a escoger a cuál quería resucitado, pidiera a Fray Francisco su Señor».

Aunque por naturaleza era serio y grave, enemigo de las bromas, no le enfadaban los chistes sobre su persona, si no eran irrespetuosos ni chabacanos; así, Francesillo de Zúñiga le llamaba «galga enmantada», cosa que le hacía gracia. También tenía por caridad a un pobre enanito llamado Santillos, a manera de gracioso bufón, con el que reía sus ocurrencias, bufón que recomendó al morir al Rector de la Universidad para que no le abandonaran, no obstante haberle enfadado a última hora, cuando en Roa, grave de muerte, le dice el bufón que «se le ha puesto nariz de elefante», siendo recompensado el satírico enano con un contundente pescozón.

Siendo ya Arzobispo y Gobernador, pasó una vez por Cisneros y fué a visitar a una prima suya (que vivía en dicho burgo) aldeana, llamada Inés, que estaba a la sazón cociendo el pan. Corriendo toda asustada fué a mudarse de ropas para presentarse al Cardenal, pero al saberlo éste le mandó decir que si se cambiaba de ropa no la conocería por su prima. Después se fué con ella al horno, diciéndole: «no quiero que por mí se os quemé el pan»

Su inclinación al pueblo y a los pobres era innata de su espíritu típicamente franciscano. Del pueblo subió y al pueblo le llevaba su convicción política, forjando una España grande, emancipando por medio del pueblo al Rey y al mismo pueblo de aquel señorío semifeudal de los grandes, especie de grillete asido a los pies de los monarcas en aquellos años bárbaros, teniendo que luchar con la tenaz resistencia que le hicieron durante todo el tiempo de su mandato. Tampoco aduló las pasiones del pueblo, oponiéndose a las algaradas populacheras; su democracia consistió en someter A TODOS por igual a la ley del Orden, de la autoridad, la disciplina y, sobre todo, a la justicia.

Un canto épico a la pobreza fué la Universidad Complutense, puerta para dar paso a las masas anónimas hacia el festín de la sabiduría. Mientras vivió el Cardenal, ningún estudiante pagó nada en los Colegios ni en las casas de huéspedes; sus inmensas rentas iban a parar íntegras a los desheredados de la fortuna. Pero ello no quiere decir que despreciara a los grandes, que también eran para él parte del pueblo, aliándose con ellos para bien de todos, confiando en la hidalguía de la antigua nobleza Castellana y Navarra, sirviéndose de ellos para gobernar las Regiones, aunque procurando alejarles de sus señoríos naturales por saludables miras a su política y evitar posibles maquinaciones, y el irles a la mano en sus pretensiones desmedidas, no por humillarlos, sino **para mantener la disciplina social** en bien de todos, y si algunos chocaron con él, no lo hicieron por nobles, sino por revoltosos y egoistas. La mayoría fueron sus amigos y adictos incondicionales. Y así obraba aquel prócer vestido de estameña y púrpura, que sentía una especie de respeto místico por la ley y la justicia, y en este punto, no transigiendo ni con los pobres ni con los poderosos,

y... ni con el mismo Rey, pues decía que la ley es la razón imparcial y el santo derecho de todos. En cambio toleraba magnánimo a los audaces que le faltaban al respeto personal, no haciendo caso alguno a los libelos populacheros que le satirizaban.

En cierta ocasión, un tal predicador Contreras se atrevió desde el púlpito a censurar el uso de pieles y sedas en los Prelados, con una libertad que llegó a ser agresiva al respeto y reverencia debidos al Arzobispo. Pero éste, lejos de enojarse, invitó a su mesa, y después de explicarle cómo los que ejercen autoridad deben presentarse con arreglo a su estado, ya que los pueblos, para obedecer y acatar a sus dirigentes, se pagan mucho de la apariencia, le mostró el sayal franciscano que vestía bajo la púrpura, quedando con ello más que corrido el imprudente clérigo.

Uno de sus lances más chistosos le ocurrió con don Pedro Jirón cuando éste vino a la Corte. Mandó a un criado a casa de Cisneros para comunicarle su llegada, pero con resolución de no ir a verle, incluso si lo citaba. El prudente Cardenal le respondió: «que si había venido con salud, se alegraba, y si se volvía a su tierra le deseaba buen viaje».

Era enemigo de chismes y cuentos, no inquiriendo ni averiguando cosas que no le importaban, y despreciando con dignidad las malas habladurías. «No importa que las personas digan falsedades y cosas de baja manera; *basta que no las diga yo*». Pero si alguna vez cree oportuno responder a las hablillas, lo hace con dignidad, con razones y, sobre todo, sin perder la calma.

Su arrogancia fué la del hombre cabal y entero, seguro de sí mismo, de su razón y de su justicia; arrogancia que no degenera nunca en arbitrariedad. Conocedor de las situaciones y de los hombres, y capaz de dominarlos, fué el mejor catador de diplomáticos, y de la vaciedad de sus palabras, intrigas cortesanas, cohechos políticos, injustas veredas de la avaricia, infatuados, necios egoistas y porfiados. Conoció a los catedráticos ignorantes y presumidos, las envidias académicas (como las de hoy), *el celo excesivo de los Inquisidores*, no obstante ser él Inquisidor, y el orgullo de los santurrones hipócritas. De todo ello y de su fuerza, tiene conciencia, no para el abuso de autoridad, sino para imponer el orden y la justicia. Es arrogante por temperamento, y humilde por virtud, pareciéndose a aquel noble de la novela de Manzoni, que se descubría ante los pobres, les servía la mesa, pero no se sentaba con ellos.

«Las cosas de justicia han de ser siempre muy libres, pues con ellas no hay ninguno a quien mal parezcan». Las perturbaciones en su administración por ingerencias extrañas de políticas rastreras le enojaban de tal forma, que hasta le ocasionaban fiebres. La política —decía—, según la doctrina cristianísima de Santo Tomás, no constituye un fin con su gobierno en sí misma, sino que es un medio para alcanzar el bien general. Debe de entenderse como un acto de servicio a la comunidad. No puede perseguirse un fin personal COMO SIEMPRE SE HACE, sino el interés común, y seguida con las más austeras reglas de la moral y de la caridad por el cristiano. De esto estaba saturado el cien por cien el purpurado de Torrelaguna, NO IGUALADO HASTA HOY DIA POR NADIE, que han vuelto por pasiva las teorías de aquel eximio Doctor de la Iglesia de Cristo. Ni una sola vez usó de su poder para influir en los tribunales, dejando a sus jueces seguir los procedimientos legales BAJO LA RESPONSABILIDAD DE LOS MISMOS.

Levantamientos de pueblos y ciudades, interminables guerras, conjuraciones de magnates, alborotos estudiantiles, cohechos, defecciones de claustros profesoraes, de todo esto saboreó amargamente el Cardenal.

Un día, para evitar ríos de sangre, manda arrasar las fortalezas de un reino (Navarra), echando sobre sus ci-

(Continuará.)

Una sombra inmensa pasa por nuestra historia número tres. Pudo ser una luz brillante, aquella luz que con tan fuertes destellos deslumbró a Juan II y su Corte para apagarse destruída en un patíbulo de la Plaza Mayor de Valladolid el 2 de Junio de 1453. Pero el entonces todavía flamante escenario del castillo de Fuentidueña del Tajo se yergue orgulloso y ajeno al triste destino. Corre el siglo XIV y surge ese gran acontecimiento que pudo cambiar el futuro histórico del castillo. Entre sus muros viene al mundo un bastardo importante. Va a ser el primero de nuestros grandes favoritos y la Historia de España tendrá un hueco para el Condestable D. Alvaro de Luna, el poderoso señor de Fuentidueña del Tajo y Maestro de Santiago, cuya fulgurante estrella apagan la segunda esposa de su rey y un hábil intriga que condenan al gran favorito y gran víctima de Juan II, malogrando así las perspectivas gloriosas del castillo que le vió nacer.

---

En nuestra última historia el castillo es prisión. El adelantado Pedro Manrique, su mujer y dos hijos, sufren cautiverio impuesto por Juan II. El monarca había dicho al gran intrigante:

—«Adelantado, por algunas cosas que cumplen a mi servicio, yo os mando que vades con el Condestable a su posada.»

Y el Condestable confía la custodia de sus prisioneros a Gómez Carrillo de Albornoz. Como las cosas andan muy revueltas se eligen los fuertes muros de la fortaleza de Fuentidueña del Tajo y aquí, el adelantado y su familia, aguantan un año, hasta que un día... con una cuerda, la ayuda de poderosos amigos y la complicidad de algunos guardianes, consiguen la ansiada libertad del peligroso enemigo de D. Alvaro de Luna.

---

Una, dos, tres... cuatro historias. Cuatro pasajes fugaces ocultos en otras tantas olvidadas piedras. Apenas nada más. Antes, posiblemente, fortaleza que debió participar en la conquista de la provincia de Madrid y... después, una Reina que pasa —Doña Urraca— y otro Rey —Alfonso X— inquilino transeúnte.

D. Alvaro de Luna, el tan maltratado Condestable, cede el castillo a un hijo también bastardo. Más tarde vuelve el Maestrazgo de la Orden Santiaguista al castillo y se inicia así el impacable desmantelamiento de esta fortaleza, que todavía con Enrique IV, el último de los Trastamaras, sirvió de prisión al Marqués de Villena.

Así se sostienen hoy esas ruinas, deshaciéndose poco a poco, junto a la tranquilidad de un cementerio vecino, mientras abajo el río Tajuña sigue su curso y sus aguas dejan cada día el susurro de una corriente que ahora sólo sirve de salmo funerario para un castillo que ya no existe, aunque antaño, cuando el castillo contaba, fijaban importantes fronteras...



REVISTA EDITADA POR LA <sup>EXCMA</sup> DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID.